

DOS POEMAS

Horacio Aige

CABALLOS AL VIENTO

Puro, como a lo lejos la curva que al mar encierra,
me quedé imaginando una llanura con caballos.
Los hocicos ávidos de pasto, las crines libres al viento,
las colas jugando ante el paisaje verde de los pinos.
Mientras, como vírgenes a punto de ser prostituidas,
sobre los tejados de una capilla triste,
centelleos blancos del sol aparecieron,
manteniendo los caballos, las nubes, las hojas,
firmemente arraigados, aunque todos ellos fluían
hacia el este como las olas en el mar,
cuando de pronto, sobre mi cuerpo giró un sueño,
variando en mí cada pasaje visionario.
Entonces, empecé a ver
un caos de formas bajo una amargura cálida:
exóticos como animales mitológicos
caballos delirantes en el verde girante
llorando en los márgenes
nostalgias de tiempos mejores.
A poco, el sueño me excitó, me lanzó, me sacó de mí,
lejos de mi propio centro. Y en su sucesión, yo mismo
y los caballos y las nubes y las hojas y todos los planetas
girando avanzamos desesperados.
Luego, como si aquellas lágrimas no pudieran quitarla,
nuevamente fue la nada, sólo angustia.
Tan unida a mí, como una parte más de mi cuerpo,
circulando pura en mi sangre

ante lo que era y lo que sería.
Instante grave, crucial, a partir del cual
queriendo cambiar, ser otra cosa,
desesperadamente me esforcé.
Pero todo fue inútil, cada vez tan sólo
el perfecto sucesivo orden de la misma nada.
Así las cosas, lo que entonces deseé
es lo que había sido
antes que los años, antes que la lucidez,
antes que el bien y el mal
trágico me colocaran ante aquel incidente:
tan sólo caballos de pinos al viento
despacio girando
fuera del tiempo, más allá de la mente.

ENCUENTRO CON GOMBROWICZ

Preocupado por el más allá, muy solo y masticando rabia
y hablando imaginariamente con la muerte, ese día
anduve incansablemente por las veredas de Plaza Retiro,
hasta que de pronto,
me paré muy cerca de la inmensa Torre de los Ingleses
para observar, a lo lejos, el atardecer de autos en movimiento
y recortados edificios.

Dadas las cosas así, de golpe me di cuenta que Witold Gombrowicz
—aún medianamente joven pero velozmente envejeciendo— estaba
también parado ahí, mirándome, muy cerca de mí
y sintiendo el mismo nudo en la garganta que yo
tras el sol final de esa tarde, sin nadie más, tan sólo nosotros mismos
cansados vagabundos semiderrotados.

—Mire el reflujo de la ciudad— me dijo él, manteniendo su mirada
quién sabe a qué parte de su interior aunque apuntando
hacia la estación de trenes que teníamos enfrente.

Había en sus cansadas palabras como un corte en el tiempo,
una vuelta hacia ningún lado, acaso intransitable puente donde
desunido, el presente, alzándose en su autonomía, ya no era
parte de la transitoriedad.

Yo entonces, azorado, tan sólo atiné a observar ese reflujo mágico
por él señalado
y era todo como un sueño, nostalgias de infancia, alucinaciones
o corrimientos

girantes en mi mente, que podrían pero no pudieron ser
dominados en mi tambaleante memoria.

Única débil flexible estructura del tiempo —pensé yo—
en busca a esa altura
de cualquier medio de transporte que nos llevara a ambos

de vuelta al sitio que a cada uno —por obvias pertenencias
a tiempos distintos—

nos correspondiera.

O que nos llevara a ambos de vuelta a un clima del corazón
donde cada uno pudiera correctamente situarse sin llorar la despedida
eterna.